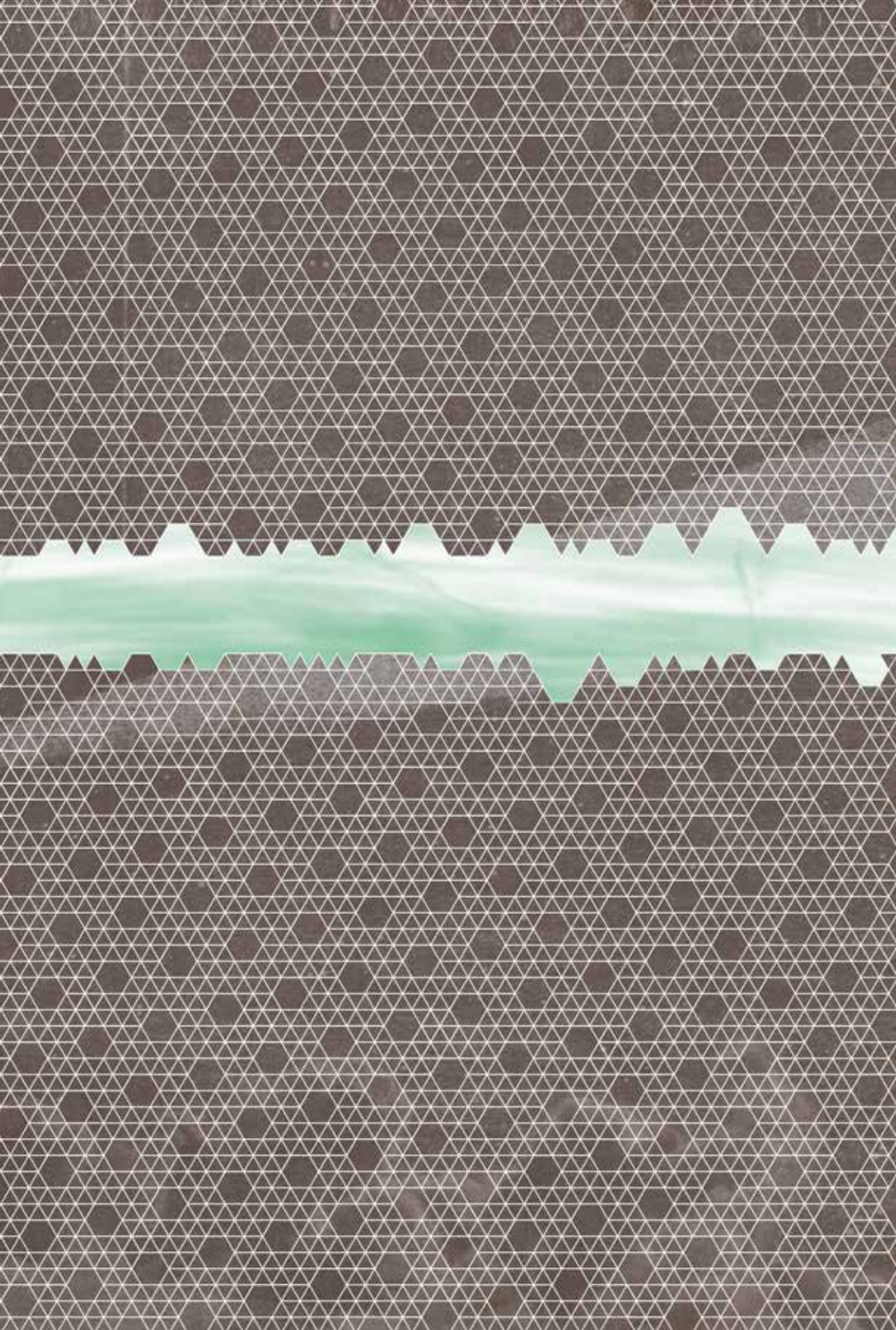
Archipiélagos de la República



Murciélagos de la República

UNA NOVELA ILUMINADA

CHARLY CHAMORRO ZATHONS

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en un contexto ficticio. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, y eventos o lugares es pura coincidencia. Cualquier parecido con otras personas o lugares debe ser tenido muy en cuenta.

Título original: *Bats of the Republic*

© 2015, Zachary Thomas Dodson

© 2026, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti

© 2026, de esta edición,

Antonio Vallardi Editore, S.r.l.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

www.duomoediciones.com

Duomo ediciones es un sello de
Antonio Vallardi Editore S.u.r.l. | Pl. Urquinaona, 11. 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España) |
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A. | www.maurispagnol.it

LIBRO DISEÑADO POR ZACH DODSON

Catálogo de publicaciones de la Biblioteca del Congreso

Dodson, Zachary Thomas.
Murciélagos de la república: una novela iluminada / Zachary Thomas Dodson. —
Primera edición: junio de 2026.
págs. cm
ISBN: 979-13-87574-81-9
DL: B 3.716-2026

Adaptación y composición: Grafime, S. L. | www.grafime.com

Impreso en Polonia en Druk Intro S. A.

MURCIELAGOS DE LA REPOBLICA

No puedo por más que avanzar con los míos, siguiendo su estela, criatura que se eleva valerosa y muere por fin mientras vuela.

—Alasdair Roberts

Y todo lo que tiene alas está inquieto, perdido, borracho y amargado...

—Joanna Newsom

No estoy nada contento.

—Frase preferida de mi abuelo

EL NOCTURNO

RELACIONADO CON

LOS DESERTORES

COMANDANTE DAXON

ANNLYNE THOMAS

CASADA CON

SENADOR ZACHARYH THOMAS

ABUELO DE

ZEKE THOMAS

PRIMO DE

BIC THOMAS

CREÓ LA CÁMARA PARA

MEJOR AMIGA DE

ELIZA

HIJA DE

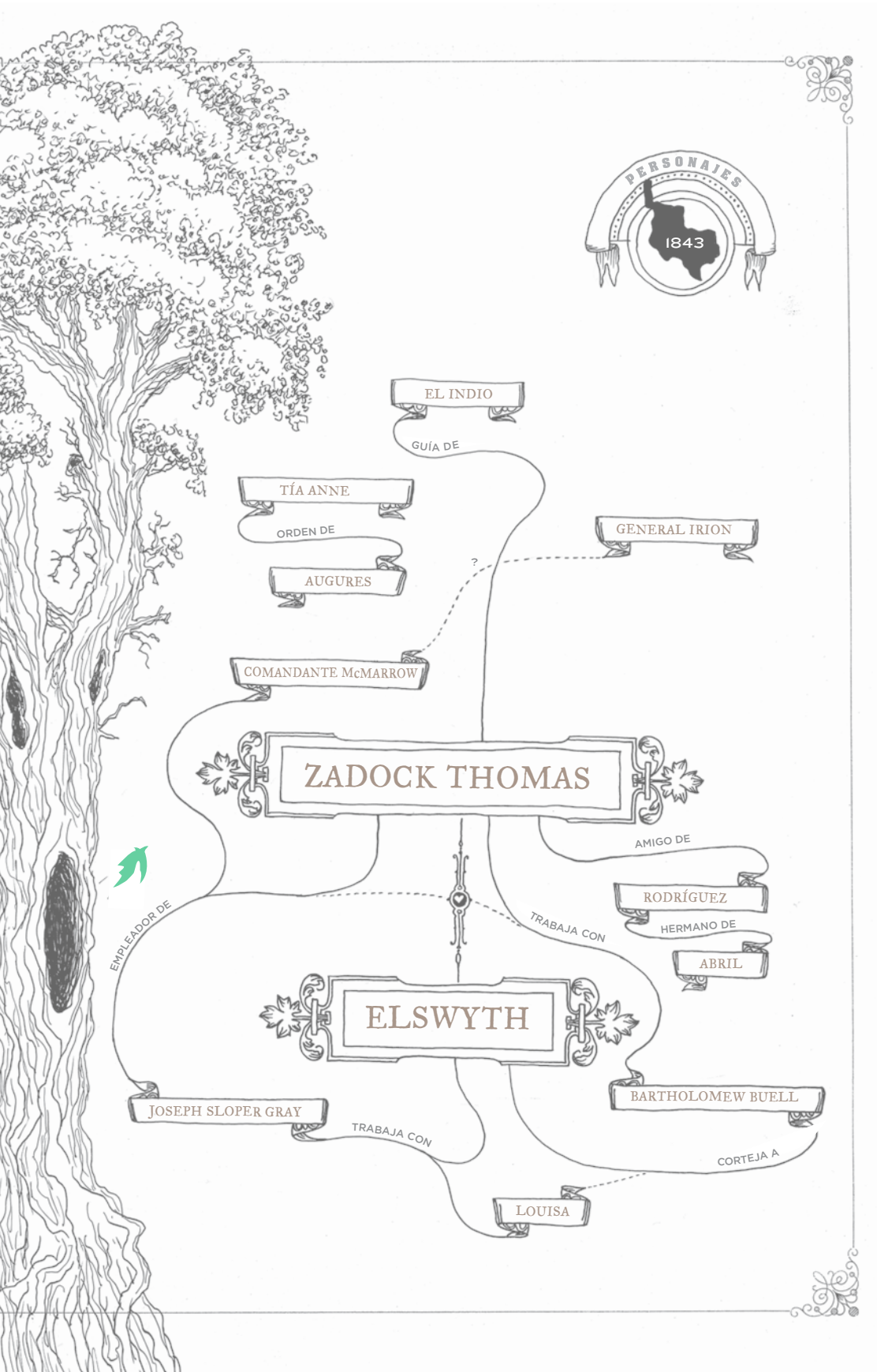
RAISIN DEXTRA

HENRY BARTLE

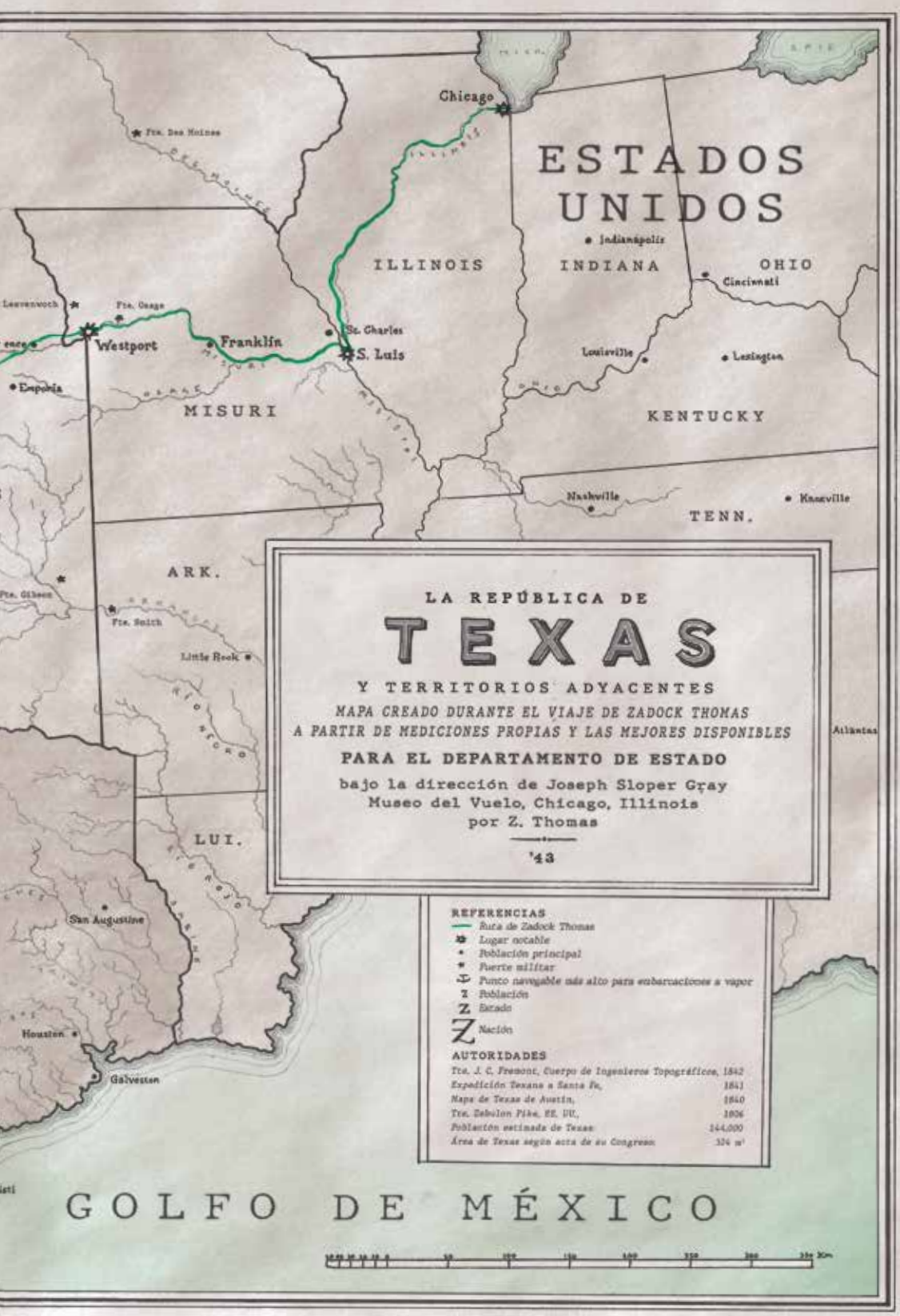
CORTEJA A

MEJOR AMIGA DE

LEEYA


PERSONAJES
1843
EL INDIO
GUÍA DE
TÍA ANNE
ORDEN DE
AUGURES
GENERAL IRION
?
COMANDANTE McMARROW
ZADOCK THOMAS
AMIGO DE
RODRÍGUEZ
HERMANO DE
ABRIL
TRABAJA CON
EMPLEADOR DE
ELSWYTH
BARTHOLOMEW BUELL
JOSEPH SLOPER GRAY
TRABAJA CON
CORTEJA A
LOUISA

ALTA CALI-FORNIA
TERRITORIO NO ORGANIZADO
Fte. Laramie
Fte. Kearnie
CAMINO DE SANTA FE
Fuerte Bent
Cimarron Spring
Black Pool
REGIÓN DE LAS TORMENTAS
NAVAJO
PASO RATÓN
Santa Fe
Pueblo
Albuquerque
NUEVO MÉXICO
TERRITORIO APACHE DE VERANO
Los Padillas
CAMINO REAL
REPÚBLICA DE TEXAS
Fte. Worth
El Paso del Norte
Caverna?
Pueblo?
Fte. Mason
Camp. Iglesia?
Austin
San Antonio
Álamo
Gonzales
MÉXICO
Chihuahua
Laredo
CHIHUAHUA
Coahuila
Monterrey


Chicago
Fte. Des Moines
ILLINOIS
ESTADOS UNIDOS
Indianápolis
INDIANA
OHIO
Cincinnati
Leavenworth
Fte. Osage
Westport
Franklin
St. Charles
S. Luis
Louisville
Lexington
Emporia
MISURI
KENTUCKY
Nashville
Knoxville
TENN.
ARK.
Fte. Gibson
Fte. Smith
Little Rook
Atlanta
LUI.
San Augustine
Houston
Galveston
LA REPÚBLICA DE
TEXAS
Y TERRITORIOS ADYACENTES
MAPA CREADO DURANTE EL VIAJE DE ZADOCK THOMAS
A PARTIR DE MEDICIONES PROPIAS Y LAS MEJORES DISPONIBLES
PARA EL DEPARTAMENTO DE ESTADO
bajo la dirección de Joseph Sloper Gray
Museo del Vuelo, Chicago, Illinois
por Z. Thomas
'43
REFERENCIAS
Ruta de Zadock Thomas
Lugar notable
Población principal
Fuerte militar
Punto navegable más alto para embarcaciones a vapor
Población
Estado
Nación
AUTORIDADES
Tte. J. C. Fremont, Cuerpo de Ingenieros Topográficos, 1842
Expedición Texana a Santa Fe, 1841
Mapa de Texas de Austin, 1840
Tte. Zebulon Pike, EE. UU., 1806
Población estimada de Texas 144,000
Área de Texas según acta de su Congreso 324 m²
GOLFO DE MÉXICO

Fue la tercera masacre que presencié y, con diferencia, la peor.

Aquellos hombres que habían visto a la muerte se encontraban ante mí dispuestos en geometrías grotescas, su sangre fluyendo como tinta de las extremidades retorcidas. Me abrí paso por entre la maleza desértica que me rasgó la piel, el humo elevándose en un cono.

Volví a ver la bandada de murciélagos en el cielo, avanzando a trompicones hacia una muerte segura, igual que yo. Contemplé cómo la obra de mi vida, todas las especies que había descubierto, huían por encima de mi cabeza. Oí el ruido seco del fuego de mosquetes, aunque no pude ver de dónde venía. Lenta y bellamente, los murciélagos caían del cielo, cáscaras abrasadas de estrellas extintas.

Texas, el último puesto fronterizo en mi destino misión, tan grande y fuerte, se venía abajo a mi alrededor. La República iba a caer.

Aunque significara mi propia muerte, estaba decidido a no caer como ella. No me quedaba nada. Nada. No tenía ninguna arma. Solo la carta que entregarle en mano.

Fue ahí, en ese reciente osario, donde lo vi, y se me cayó la venda de los ojos. Fue entonces cuando vi el futuro.

Fue la tercera masacre que presencié
y, con diferencia, la peor.

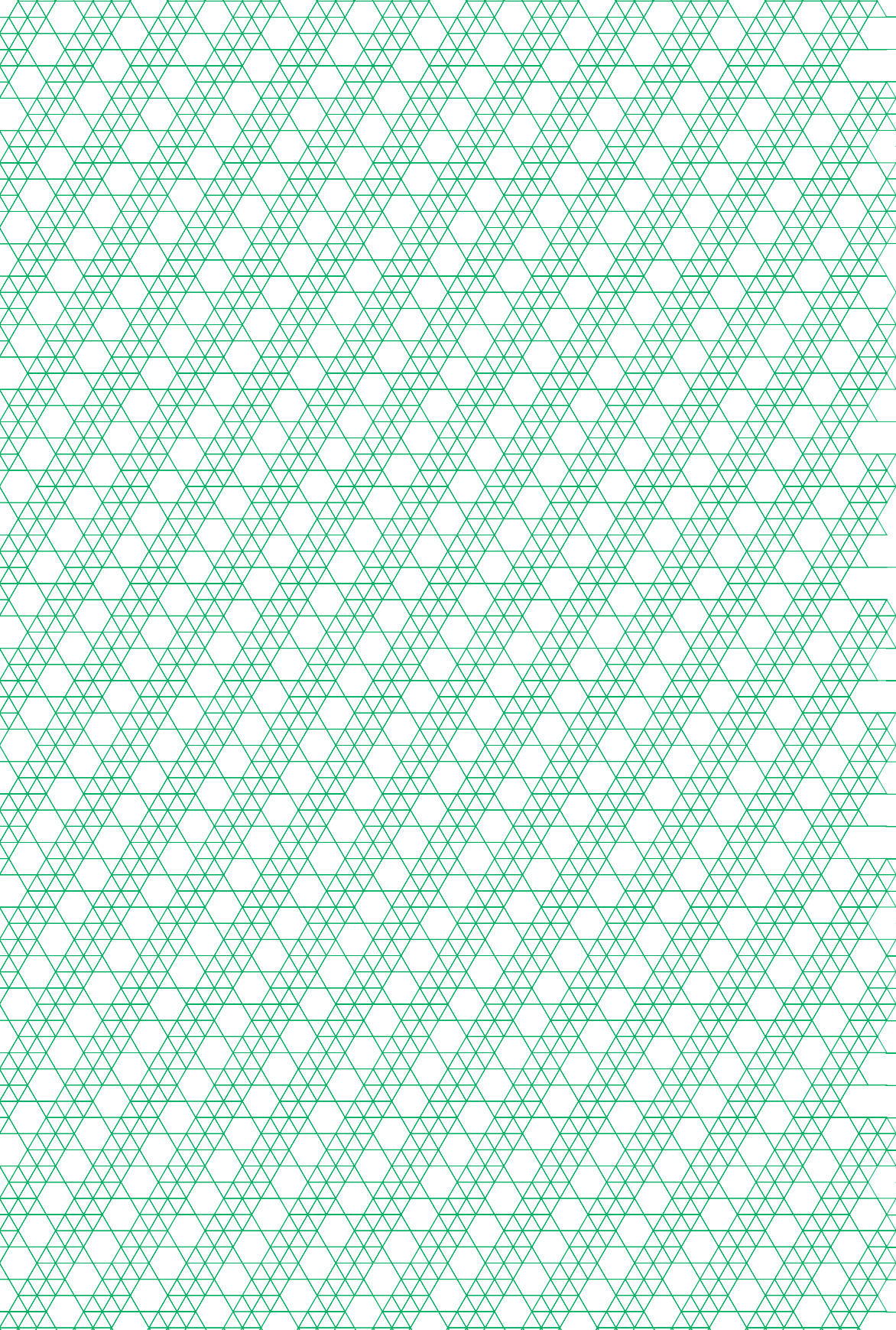
Aquellos hombres que habían visto a la muerte se encontraban
ante mí dispuestos en geometrías grotescas, su sangre
fluyendo como tinta de las extremidades retorcidas.
Me abrí paso por entre la maleza desértica que me
rasgó la piel, el humo elevándose en un claro.

Volví a ver la bandada de murciélagos en el cielo,
avanzando a trompicones hacia una muerte segura, igual que yo.
Contemplé cómo la obra de mi vida, todas las especies que había
descubierto, huían por encima de mi cabeza. Oí el ruido seco del
fuego de mosquetes, aunque no pude ver de dónde venía.
Lenta y bellamente, los murciélagos caían del cielo,
cáscaras abrasadas de estrellas extintas.

Texas, el último puesto fronterizo en mi bestial
misión, tan grande y fuerte, se venía abajo a mi alrededor.
La República iba a caer.

Aunque significara mi propia muerte, estaba decidido a no caer como
ella. No me quedaba nadie. Nada. No tenía ningún arma. Solo la
carta que entregarle en mano.

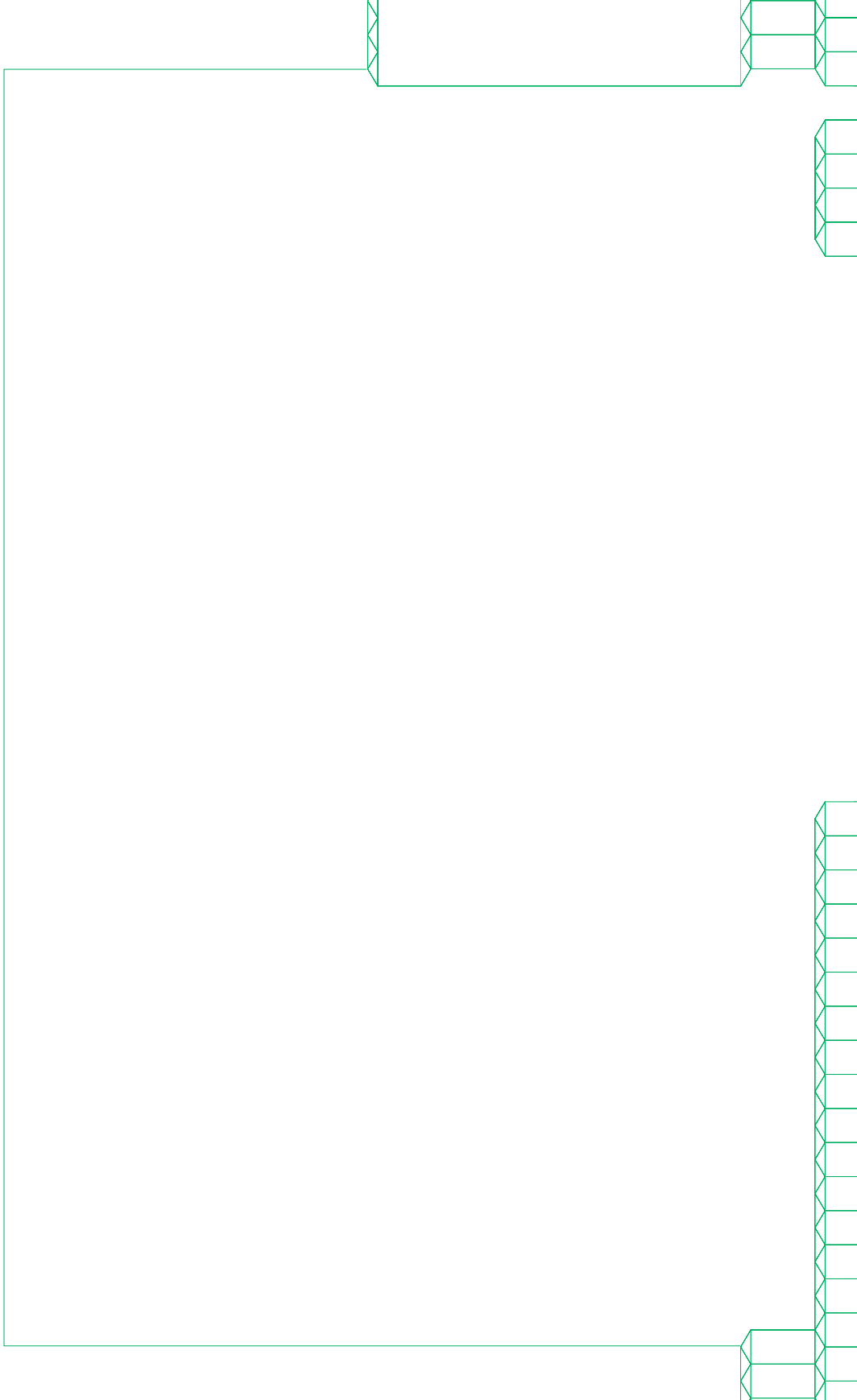
Fue ahí, en ese reciente osario, donde lo vi, y se me cayó la venda
de los ojos. Fue entonces cuando vi el futuro.



La Ciudad-Estado

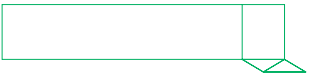
CRÓNICA DE TIEMPOS FUTUROS

E. ANDERSON



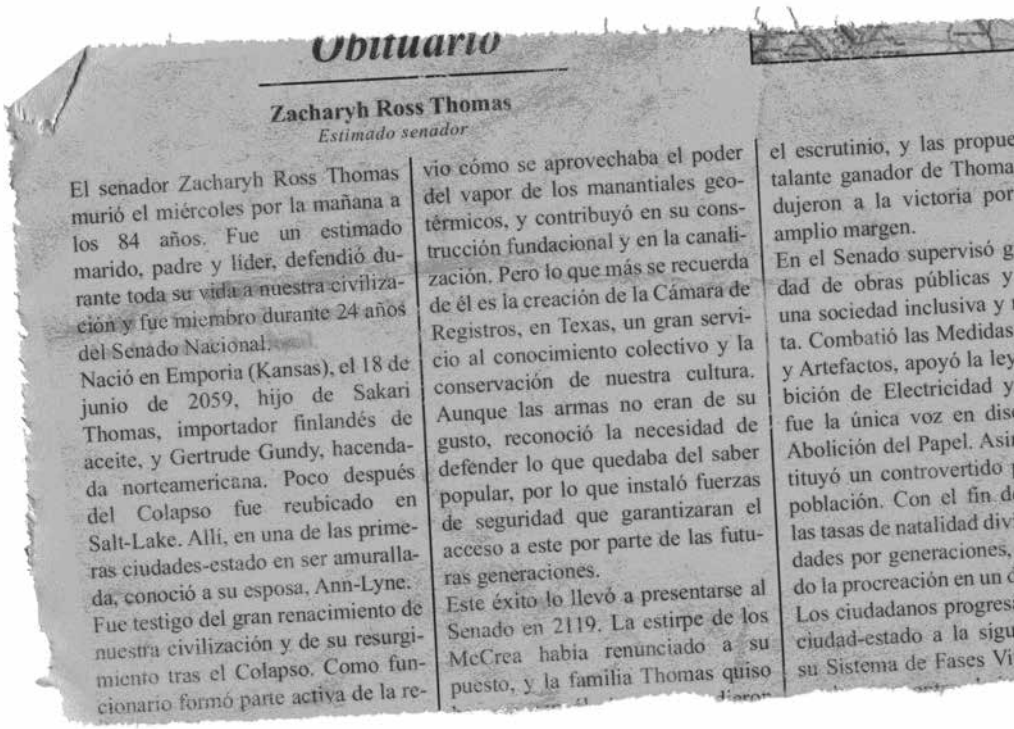
A quienes crearon mi sangre,
en especial a

MI ABUELO



Cuando Zeke recibió la noticia de la muerte de su abuelo, cogió el sable montado encima de la chimenea y lo usó para cortar los cables que proporcionaban la energía a su casa. El sable pesaba mucho, tenía la empuñadura de plata. Era muy antiguo. Los cables eran brillantes tubos de cobre llenos de vapor a presión, que subían por un lado del puesto de vigilancia que se elevaba como un árbol por encima de la casa. Necesitó tres buenas estocadas. La primera rayó la caja y abrió la puerta. La segunda rompió el cable de telégrafo óptico de fósforo apiñado en el interior. La tercera cortó el tubo principal, liberando una nube de vapor que siseó en el silencio nocturno. La fuerza del chorro le dio en todo el pecho, a la altura del corazón. Dio dos pasos atrás. La camisa blanca de vestir se le había empapado. El sabor del fósforo le llenó la boca. La flecha del medidor de presión se movió hacia la izquierda mientras la torreta soltaba lentamente todo su vapor. Las farolas de fósforo de la manzana parpadearon hasta que las luces verdes se apagaron y todo quedó en una oscuridad sin matices. Con la liberación del vapor, el silencio envolvió las calles. Aunque no había tenido que hacer mucha fuerza, Zeke quedó exhausto. Aflojó el brazo. El sable cayó y resonó contra la calle. Se secó la frente con una manga. Su primo Bic le había dado la noticia. El polvo voló a su alrededor por toda la ciudad-estado. Lo invadió un temor romo. «No sentí nada: en blanco el interior». Zeke volvió a entrar en casa, dejando el sable en la calle. Cayó a plomo sobre el felpudo. El mecanismo del reloj de la repisa se detuvo. La hora quedó congelada. Se quitó las botas y la camisa, que le había quedado arruinada para siempre. Se sentó y esperó en su perfecta oscuridad. Esperó a oír que llamaran a la puerta. Esperó

a oír el silbato de alerta de la Ley. Esperó a que alguien que lo hubiese visto se diera cuenta de lo que había hecho. Creyó oír el fuerte latido de la sangre en sus venas. Contempló su apartamento. Le pareció ajeno. Estaban las paredes blancas redondeadas y el mobiliario sencillo, todo idéntico al resto de las viviendas de su manzana. Estaba la cocina con sus pequeños armaritos. Un fregadero de porcelana y una única taza de té sucia. Eliza había enrollado las alfombrillas y las había dejado contra los zócalos. La quería, incluso cuando era puntillosa en exceso. Estaba la estantería con el reloj detenido. Y los soportes para colgar el sable ahora ausente. El arma había pertenecido a su abuelo. Y antes al abuelo del abuelo. No sabía cuántas generaciones llevaban pasándoselo en la familia. Se preguntó cuál de sus antepasados habría sido el último en usarla. Deseó que su abuelo estuviese vivo para poder preguntárselo. Se quedó sentado un largo rato. Eliza volvió a casa. Llevaba el uniforme marrón del trabajo abotonado y ajustado. Tenía las mejillas rosadas. Alzó las cejas. —¿Qué ha pasado? ¿Cuánto hace que se ha ido la luz? Zeke miró el reloj. —Más o menos una hora. —¿Has comprobado la caja en el poste de fuera? Zeke no respondió. Eliza dejó su morral en el suelo y salió. Vio tubos de cobre tirados por la calle. Él oyó cómo recogía el sable. Al entrar de nuevo cerró con llave y bajó las cortinas. —Mejor que no hubiera nadie en el puesto. Hubieses ido a la cárcel. Se quedó en la sala a oscuras y miró por entre las cortinas. El aire tembló. —¿Qué pasa, Zeke? No pareces tú. En el suelo, él puso recta la espalda lentamente. Cerró los ojos y esperó. —Tenemos que irnos de Texas. —Ella devolvió el sable a su lugar sobre la chimenea y acarició el lado romo.



Obituario

Zacharyh Ross Thomas

Estimado senador

El senador Zacharyh Ross Thomas murió el miércoles por la mañana a los 84 años. Fue un estimado marido, padre y líder, defendió durante toda su vida a nuestra civilización y fue miembro durante 24 años del Senado Nacional.

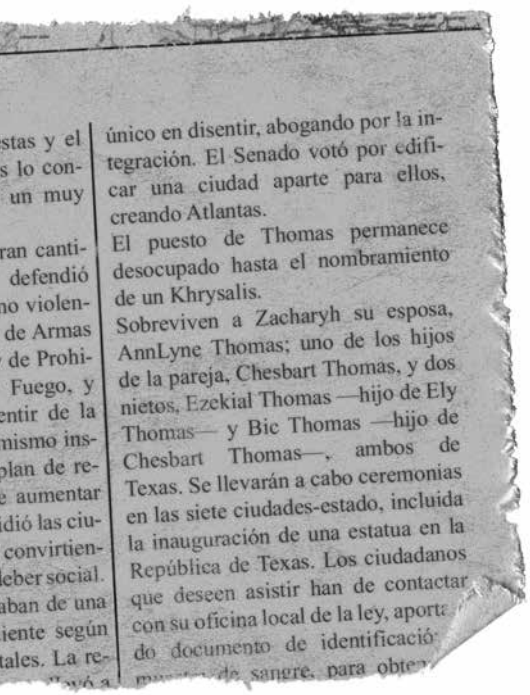
Nació en Emporia (Kansas), el 18 de junio de 2059, hijo de Sakari Thomas, importador finlandés de aceite, y Gertrude Gundy, hacendada norteamericana. Poco después del Colapso fue reubicado en Salt-Lake. Allí, en una de las primeras ciudades-estado en ser amuralladas, conoció a su esposa, Ann-Lyne.

Fue testigo del gran renacimiento de nuestra civilización y de su resurgimiento tras el Colapso. Como funcionario formó parte activa de la revio cómo se aprovechaba el poder del vapor de los manantiales geotérmicos, y contribuyó en su construcción fundacional y en la canalización. Pero lo que más se recuerda de él es la creación de la Cámara de Registros, en Texas, un gran servicio al conocimiento colectivo y la conservación de nuestra cultura. Aunque las armas no eran de su gusto, reconoció la necesidad de defender lo que quedaba del saber popular, por lo que instaló fuerzas de seguridad que garantizaran el acceso a este por parte de las futuras generaciones.

Este éxito lo llevó a presentarse al Senado en 2119. La estirpe de los McCrea había renunciado a su puesto, y la familia Thomas quiso

el escrutinio, y las propue
talante ganador de Thoma
dujeron a la victoria por
amplio margen.

En el Senado supervisó g
dad de obras públicas y
una sociedad inclusiva y
ta. Combatió las Medidas
y Artefactos, apoyó la ley
bición de Electricidad y
fue la única voz en dis
Abolición del Papel. Asi
tituyó un controvertido
población. Con el fin d
las tasas de natalidad div
dades por generaciones,
do la procreación en un
Los ciudadanos progres
ciudad-estado a la sigu
su Sistema de Fases Vi



estas y el
s lo con-
un muy

ran canti-
defendió
no violen-
de Armas
de Prohi-
Fuego, y
entir de la
nismo ins-
plan de re-
e aumentar
idió las ciu-
convirtien-
leber social.
aban de una
iente según
tales. La re-

único en disentir, abogando por la integración. El Senado votó por edificar una ciudad aparte para ellos, creando Atlantas.

El puesto de Thomas permanece desocupado hasta el nombramiento de un Khrysalis.

Sobreviven a Zacharyh su esposa, AnnLyne Thomas; uno de los hijos de la pareja, Chesbart Thomas, y dos nietos, Ezekial Thomas —hijo de Ely Thomas— y Bic Thomas —hijo de Chesbart Thomas—, ambos de Texas. Se llevarán a cabo ceremonias en las siete ciudades-estado, incluida la inauguración de una estatua en la República de Texas. Los ciudadanos que deseen asistir han de contactar con su oficina local de la ley, aportando documento de identificación

En el dormitorio, Eliza se cambió, quitándose el uniforme de trabajo. —Tengo que volver a Chicago-Land para el funeral —dijo Zeke. —Por supuesto —replicó Eliza—. Seguro que tu abuela te conseguirá autorización para el viaje. Zeke metió ropa en su maleta como un autómata. Sus pañuelos estaban húmedos. —Es tarde. Puedes hacerlo mañana. —Hizo el signo de la mañana—. Voy a hacer té. Tomémoslo en el tejado. Zeke asintió de forma casi imperceptible. No le costó imaginarse al abuelo en su casa de Chicago-Land, leyendo el periódico. Se dejó conducir hasta la cocina y después al tejado de su unidad. Zeke y Eliza se sentaron en las sillas de siempre, que habían dejado allí para eso. Sin la luz artificial estaba más oscuro de lo habitual. Más allá de su calle, las farolas parpadeaban con su verde fosforescente hasta llegar a la barrera, donde acababan la ciudad-estado y todas las luces. Zeke se sentó al lado de Eliza e instintivamente extendió una mano. Ella se la cogió, moviendo la suya como un animal que excava una madriguera hasta encontrar una posición cómoda. Sus manos eran pequeñas y delicadas. Hacer señas era la forma que tenían de evitar los oídos del Gobierno, aunque a veces Zeke incluso prefería esa forma de comunicarse de su esposa; lo hacía con una elegancia hipnótica. Era una de las cosas que le gustaban de ella. —Deben de estar inspeccionando el puesto de vigilancia —dijo Eliza. Les llegaban voces apagadas desde la calle—. Me preocupas, Zeke. Tienes suerte de que no hubiera un Registrador. —Casi nunca los hay —replicó él. El sol ya se había hundido bajo el falso horizonte de la barrera. La noche era un alivio de las largas tardes en que las luces rebotaban en las paredes blancas de los edificios y creaban una especie de neblina seca y calurosa. Todo estaba cubierto por una capa de polvo. —No hay fondos suficientes —dijo Eliza. La Ley transcribía las conversaciones—. Pero no vale la pena arriesgarnos a que nos atrapen. —No hay nadie

escuchando. Solo quieren que la gente lo crea. Hay zonas muertas por todas partes, en las que no se graba nada —replicó él. —Pero no sabes dónde están. La Cámara recibe cientos de transcripciones cada día. Puedes estar seguro de que mañana va a haber un hilo sobre esto. —Eliza trabajaba allí, y se guardaban copias en papel carbón de todo lo que sucedía en la ciudad-estado. —Ya veremos —dijo Zeke. —Mañana comprobaré tu identificación —afirmó ella—. Como mínimo habrán añadido algo a mi expediente. Estoy harta de esta ciudad-estado. Nunca pasa nada. Estamos atrapados entre estos muros hasta que nos transfieran. Suspiró. Zeke apoyó la cabeza en su hombro, como si fuese él el que necesitase que lo reconfortaran. —Podrías poner fin a esto ya, ahora que el cargo de tu abuelo está vacante. Zeke se puso en pie y miró cauteloso por el borde del tejado. El puesto estaba iluminado por lámparas de la Ley. Un grupo de Agentes contemplaba cómo un único trabajador intentaba sacar las cañerías y cables rotos. Zeke no sabía cómo iba a poder entrar en la casa de sus abuelos en Chicago-Land. Conservaba muchos buenos recuerdos de aquel lugar. Las anécdotas que repetía el abuelo una y otra vez, su humor negro. Estaban unidos como nadie más de la familia. Esperó a sentirse inundado por la emoción, pero no fue así. Debajo de él, la ciudad-estado parpadeó, irreal. —Podríamos mudarnos a Chicago-Land y olvidarnos de la República de Texas. Te nombrarían para el Senado antes que a tu primo. Zeke sacó un pequeño vial de láudano y vertió un chorrito en su té. Notó la mirada de Eliza, que no sabía cuán a menudo tomaba últimamente el sedante. —Zeke, tenemos que estar alerta. Hoy ha habido otro asesinato. —¿No fue un incidente aislado? —No, el hilo de la Cámara ahora tiene tres casos. No es una coincidencia. Esto se está volviendo peligroso. —¿Y para qué sirve la Ley si no es capaz de atrapar a un asesino? —No tienen suficientes hombres. —Esa es la cuestión: no quiero pasarme

República de Texas

PAPELES NACIONALES DE IDENTIFICACIÓN

42770

NOMBRE: Ezekiel Thomas

GÉNERO: Masculino

F. NAC.: 24.1619

FASE V.: Joven adulto

CLASE: 3ª

SANGRE: A B positiva

GRADO: Khrysalis

ESTIRPE Familia Thomas 7.ª generación

RACIONES

AUTORIZACIONES DE VIAJE

Rep de Texas

Chicago Km3

EXPEDIENTE: 42770

CIUDAD-ESTADO: 3 PLATA

CUADRANTE: NORESTE

ALTURA: 1m 86cm

PESO: 79

CABELLO: Pelirroja

C. OJOS: Marrón

CICS.: Ninguna

GRADO

1: Khrysalis

2:

3:

4:

5:

6:

7:

LA CIUDAD-ESTADO DE PLATA

SELLO: Z. THOMA

la vida intentando solucionar problemas como ese, haciendo política. Zeke bebió lentamente, dejando que el amargor familiar del láudano le picara en la lengua. —Podrías ser Khrysalis. —Eliza nunca lo presionaba sobre el futuro de los dos—. Tu deber es ocupar el asiento vacío del Senado. —Tendría que hacerlo Bic. A él le hace ilusión. —Tu abuela te quiere más a ti. No elegiría a tu primo —replicó Eliza. Cada uno de los siete asientos del Senado pasaban de unos miembros a otros de una misma familia. Solo Zeke y Bic podían ocupar el dejado por Thomas. La decisión estaba en manos de su abuela, la viuda del senador. —Se va a llevar una decepción si no lo acepto —dijo Zeke. Eliza le cogió las dos manos, frunció el ceño, sus ojos buscaron los de él—. Pero no lo quiero. Solo quiero que tú y yo vivamos nuestra vida, que creemos nuestra propia familia, nuestro propio linaje. —Eliza asintió. De niña su padre la había abandonado; no conocía su estirpe. Zeke le pasó los dedos por los pelillos de la base de la nuca. Le dio un beso fugaz. Sintió los labios de ella en su bigote. Eliza se apartó. —Lo siento —le dijo él. —Un beso sin bigote es como un té sin especias. —Eliza sonrió—. Te quiero —añadió. —Tú eres mi sangre —respondió ella. Allí fuera estaba lo bastante oscuro como para ver unas pocas estrellas brillantes en el cielo. Abajo los Agentes redactaban sus informes, tecleando ruidosamente en máquinas tipográficas conectadas a la línea de comunicación del puesto. Eliza susurró una canción melancólica al ritmo. —Esos asesinatos te dan miedo, ¿verdad? —preguntó Zeke. Ella apenas asintió. —No quiero que nada nos separe. Tenemos que ir con cuidado. —Ha sido un impulso. Ya se me ha pasado —replicó él. —Bebe, el té te va a relajar. ¿O prefieres que te cante? —Por favor. Zeke cerró los ojos. Aquello era lo que más le gustaba en el mundo.